Una enfermedad llamada soledad

El 16 de marzo se declaró el inicio de la primera fase de la cuarentena. Muchos no sabíamos bien en qué consistía, sólo lavarse las manos, evitar el contacto directo. Así, sin más. Mantener la "sana distancia" implicaba en el encierro de las demostraciones de afecto, comenzó el aislamiento no sólo físico, sino mental y emocional. Por mi trabajo, permanezco mucho tiempo recluida, por eso no resentí el cambio de vida que a muchos les afectó. Mi único contacto con el exterior es por medio de redes sociales (expresión más que adecuada para estos hilos virtuales que nos atrapan, como peces, en una enmarañada trama de vicios individuales y colectivos); por eso, no sabía bien lo que pasaba durante el otro asilamiento, el de la vida allá afuera.

Comencé a dar clases por videollamadas, mis alumnos empezaron a encerrarse, a retraerse dentro de casa, dentro de sus habitaciones, dentro de sí mismos; los mensajes a fin del mes de marzo sobre mi estado de salud mental y física eran numerosos, ellos enloquecían y yo no. Quizá ya lo estaba antes de empezada esta pandemia. Por alguna razón, que entendí mucho después, la gente buscaba indicios de que la vida seguía su curso, que estar dentro de un inmueble no daba certeza de que el mundo siguiera girando, algo así como "el día que la Tierra se detuvo", no era ciencia ficción, era real: el mundo se había detenido. Desde el 28 de febrero que se confirmó el primer paciente contagiado, había seguido la vida, una persona había traído la enfermedad desde Italia y estaba en la cama de un hospital. Ahí empezó el virus su andanza fúnebre.

En la primera semana de abril, una semana antes de mi cumpleaños, leía en el "muro de las lamentaciones" también llamado Facebook los desórdenes de alimentación y sueño; las discusiones con la pareja, los padres haciendo el trabajo de los profesores; hubo quien descubrió su talento culinario o musical, al no tener otra cosa qué hacer, se encontraron a sí mismos, o mejor sea dicho, encontraron a su verdadero yo. Aquí me detengo para aclarar que no pienso hacer una disertación metafísica de que el aislamiento "te hace tener contacto contigo mismo", que, aunque sea cierto, no viene mucho al caso. Prosigo. Lo que se ha hecho evidente al hacer trabajo en casa es que horriblemente el trabajo se ha convertido en un refugio. Sí, un trabajo donde odian a todos, odian las actividades mismas; ese espacio insalubre socialmente es el refugio para no estar en casa con los hijos, con la pareja, con las mascotas que se sientan en el teclado y no dejan trabajar, con la familia. La oficina y otros espacios laborales resultaron ser un fuerte para resguardarse de vivir la vida. La resignificación de la vida. Los padres ahora son padres al hacerse cargo, de tiempo completo, de los hijos, hacer la tarea con ellos, cuidarlos todo el día, jugar, esta al pendiente de ellos, porque ¿entonces en qué pensaban cuando decidieron tener hijos? ¿enclaustrarlos en una escuela de tiempo completo? ¿ponerle en las manos un dispositivo electrónico para entretenerlos porque, como dijera Homero Simpson "se educan solos con eso del internet"? "…y vendrán cosas peores", dice la Biblia… convivir todo el día, todos los días con la pareja le quita el "vivieron felices por siempre" al cuento de hadas, porque no saben cómo permanecer separados estando juntos. El espacio físico y mental había sido trasgredido, desfigurado, invadido.

Porque no es lo mismo la soledad "sola" que "acompañada". La significación de este estadio cambiaba cada día, cada semana, la cuarentena se alargaba cada vez más. Hablo en pasado como si hubiera sucedido ya, pero aún estamos encerrados, probablemente hasta junio, dicen los que saben. La soledad individual, sin otra interacción que con los comerciantes de víveres, porque no tengo con quién más convivir ni conversar. No es lo mismo lidiar con uno mismo que con los

miembros de toda una familia, y menos aún si el espacio es reducido, por eso la retracción hacia sí mismo: el único espacio habitable.

A cada día de este encierro se evidencia algo muy claro: la estupidez humana. Las indicaciones han sido muy claras y sencillas: lavarse las manos con agua y jabón (no me imagino una exposición sobre asepsia como magistralmente lo hubiera hecho Semmelweis a sus colegas), no; algo más llano y sencillo: lavarse las manos, evitar el contacto físico y las reuniones numerosas, y el uso de cubrebocas. Y aún con eso, no se puede hacer que la gente lo haga. Personas individualistas hace mofa de ello, "eso no existe", "yo les cuido a los enfermos para que vean que no es real", "es un invento del gobierno". El desprecio por el otro es asombroso. Por eso no es de extrañar que el aislamiento enloquezca a quienes no saben estar consigo mismo y, por ende, con los demás.

La parte humana que nos caracteriza como tal, la socialización, nos había sido escindida: no vivir en contacto con otro; el aislamiento físico se extendió al emocional. Poco a poco se fue encapsulando el contacto con el otro, se anuló la interacción, la empatía, la solidaridad con los más cercanos y luego con los demás; esto dio origen a la apatía ¿Qué es el ser humano sin su parte humana? El cuestionamiento a ello ha tenido graves consecuencias: el miedo. El ser humano volvió a su instinto primario: el miedo. Temor a lo desconocido, a lo que no se ve pero que se sabe que existe: aquí me refiero al virus de la ignorancia en su estado más puro. El miedo comenzó a cobrar víctimas, no dentro de un hospital y no con los enfermos, sino con el personal de la salud: discriminación, golpes, asesinatos… la irracionalidad volvió animal al ser humano.

Esta enfermedad llamada soledad había sido una especie de gripa. No hay cura para ella sino remedios paliativos: interacción con el otro a través de redes sociales que dan la ilusión de sentirse acompañados. Pero a estas alturas del encierro, ya no es suficiente. Ahora, los letreros de auxilio vienen acompañados de fondos de colores colgados en los muros virtuales "Que ya acabe este encierro, extraño a mis padres", a esos padres que nunca antes habían visitado, a esos familiares que sólo ven en la cena de fin de año. El smartphone más caro, no hace tener, sentir más cerca a los seres queridos; tendrán la mejor resolución de cámara, el mejor micrófono y altavoz, pero nada de eso se compara con ver la luz del sol caer sobre el rostro de la persona que uno quiere.

Cada día, a las siete de la noche el subsecretario de salud rinde un informe de las batallas ganadas y las luchas perdidas; las personas, como en sala de espera, se reúnen frente a la computadora o la televisión a ver el parte médico; quedan atentos a las indicaciones que el médico a familiares de pacientes da. Las salas de las casas se han convertido en salas de espera de hospital. Ahora hay que ver qué instrucciones dan para sobrevivir el aislamiento cuando, se supone, debería formar parte de nuestra vida cotidiana. Mantener la mente ocupada y seguir con el ritmo diario de actividades cotidianas, hacer ejercicio para liberar endorfinas y poder regular el sueño. Cosas tan básicas tiene que ser recordadas porque se ha dejado de lado el sentido común en el estrés del trabajo.

El encierro no se vive igual, y es cierto. Hay quienes tenemos el privilegio de trabajar desde casa, más aún, de tener trabajo. Hay quienes, ya a estas alturas de la cuarentena que va en la Fase No-Recuerdo-Cual, están en la incertidumbre de no saber si sobrevivirán, no al virus implacable, silencioso, invisible; sino a la falta de ingresos diarios para mantener a la familia resguarda en una habitación de 4x4 donde es imposible mantener la "sana distancia", porque en ese espacio pequeño, insalubre, sin servicios básicos para la higiene, hay todo menos sanidad.

Que no hay mal que dure cien años, es cierto. Ni cuarenta días. Lo que nos ha enseñado la biología es que, una vez que la enfermedad nos ataca, podemos generar anticuerpos que nos permitan sobrevivir. La sociedad mexicana ha sobrevivido tantos desastres en toda su historia, que si bien no nos hace inmunes a esta crisis sanitaria mundial, si nos ha puesto a prueba, una vez más, que el temple del carácter, nos ha hecho sobrevivir a cualquier adversidad. Excepto a la del Chupacabras, que nunca supimos quién ni por qué drenaba la sangre de los animales de granja.